

Silvia y el pequeño dinosaurio

Oscar López Rísquez



Capítulo 1

Cap 1: Tini

Silvia estaba jugando, como de costumbre, en el parque con sus dos mejores amigos: Mara y Adán. Mientras decidían quién de ellos era el que corría más en una incansable persecución al más estilo «pilla-pilla», sus energías parecían no tener fin. Los tres eran amigos y compañeros de colegio. A sus siete tiernos años compartían un carácter alegre y aventurero. Les encantaban las historias fantásticas con héroes, princesas, monstruos y una larga lista de «bichillos», como a la gran mayoría de los niños de su edad; pero su mayor pasión se centraba en un tema en particular: ya fuera por moda o por atracción real, lo cierto es que les apasionaban los dinosaurios. Todo lo que tuviera que ver con ellos, ya fuesen películas, ilustraciones o dibujos animados, lo devoraban con entusiasmo y, por supuesto, luego lo intentaban recrear en sus juegos. Cada uno tenía su favorito. A Adán le gustaba el T-Rex, una bestia enorme con dientes afilados, de mirada intensa y temible, y un rugido estremecedor. ¿Qué niño se podría resistir a tan fantástico monstruo? Solo con imaginarse como un T-Rex se sentía más poderoso, como si de pronto tuviera poderes. Silvia, en cambio, estaba enamorada del velociraptor. Le encantaba su carácter nervioso y astuto, con esa mirada profunda y misteriosa que hipnotiza a su presa, rápido como un guepardo y ágil como una gacela. Así se sentía ella cuando corría por los jardines y saltaba entre los muros que separaban el parque de la carretera. Si bien los gustos de Adán y Silvia se asemejaban, los de Mara resultaban algo diferentes. Como la niña tranquila que era, prefería el tricerátops. No le gustaban los animales agresivos, y menos aún si eran carnívoros, pues eso suponía que mataban a otros y la simple idea le provocaba pesadillas. Así que el tricerátops le venía al dedillo, ya que, a pesar de ser un animal grande y fuerte, era tranquilo y vegetariano.

El reloj anunciaba las ocho de la tarde. Las horas fuertes de sol de un veraniego julio ya habían quedado atrás, dejando una temperatura muy agradable. El sol aún permanecía alto en el cielo, engañando a los niños respecto a la hora real. De ahí la desilusión de Silvia al ser reclamada por sus padres para regresar a casa. «Qué injusticia tener que irme a mi casa cuando lo estoy pasando tan bien. No hay cole y mañana no tengo que madrugar», eran los pensamientos que pasaban por la cabeza de Silvia. Por desgracia, sus padres sí trabajaban al día siguiente, así que no podían esperar más para irse y, tras muchas protestas y malas caras, finalmente,

Silvia se despidió de sus amigos y regresó a casa a regañadientes.

Silvia vivía en un piso del centro, sus padres se trasladaron allí pocos años antes de su nacimiento. No era un palacio, pero con sus tres habitaciones resultaba lo bastante grande como para vivir cómodamente. Una de esas habitaciones era la suya. Bueno, realmente no le pertenecía del todo: la compartía con su hermana pequeña. Pero como Nuria, con sus dos tiernas primaveras, aún era muy pequeña, Silvia gobernaba haciendo y deshaciendo a su antojo. Lo cierto es que la aparición de Nuria en su castillo no había provocado guerras en el reino, algo que sus padres, sin duda, agradecían.

Como cada noche, se repetía la misma historia: mientras el papá de Silvia hacía la cena, la mamá se peleaba con las dos pequeñas para que ordenaran la casa y colocaran en su sitio la infinidad de cacharros que habían dejado repartidos por todo el piso.

Tras la cena, la rutina continuaba acostando primero a la más benjamina de la casa, mientras Silvia se ponía el pijama y se lavaba los dientes. Nada hacía pensar que esa noche sería diferente a cualquier otra. Antes de dar por finalizado el día e irse a la cama, faltaba el cuento que cada noche compartían juntos Silvia y sus padres. Sin duda, uno de los momentos que resultaba más especial para ella a pesar de su corta duración.

La luz de la habitación se apagó y la oscuridad se adueñó del cuarto. Tan solo unas pequeñas motas de color azul proyectadas en el techo por un pequeño foco creaban una leve iluminación que permitía distinguir algunos de los juguetes que se amontonaban por las estanterías. Lo suficiente para que Silvia se sintiera un poco segura ante el monstruo de la oscuridad. De todas formas, aun siendo una calurosa noche, se tapó hasta el cuello con esa sábana mágica que nos protege a todos de cualquier mal.

La medianoche había llegado cuando, sobresaltada, Silvia se despertó por un ruido que venía del interior de la casa, aunque no sabía exactamente de dónde. Al principio le dio poca importancia, pensó que serían su padre o su madre que se habían levantado para ir a trabajar o para beber agua. Cambió de postura, buscando la más cómoda para dormirse otra vez, cuando se sobresaltó de nuevo por el mismo ruido. El miedo la empezó a invadir por momentos y los nervios le impedían recuperar el sueño nuevamente, confiaba en que fueran sus padres los responsables del sonido que la estaba asustando. Empezaron a oírse unos crujidos parecidos a los que hace el parqué de madera cuando se camina por encima.

El tiempo parecía que no pasaba, los minutos se estiraban más allá de lo normal, el miedo la tenía atrapada por completo, no sabía qué hacer. Una

parte de ella quería investigar para intentar averiguar aquel misterio, pero la otra parte seguía creyendo en la protección de su sabana cubriéndola por completo. De pronto, un nuevo escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Y si eso, fuera lo que fuera, decidía entrar en su habitación? Su imaginación estaba descontrolada, ideas de todo tipo entraban y salían de su cabeza a un ritmo de locos. Continuar así era imposible, necesitaba tranquilizarse; pero parecía que solo lo podría lograr si averiguaba el origen del ruido por sí misma. Una idea que no le resultaba demasiado atractiva. Después de mucho pensar, consiguió reunir el suficiente valor como para salir de la cama y acercarse a la puerta a observar.

Silvia estiro su brazo derecho para retirar la sabana que la cubría por completo. Se incorporó con mucho sigilo, intentando no hacer el más mínimo ruido, deslizó sus piernas fuera de la cama hasta notar el parquet con sus pies y se levantó por completo, muy despacio. No quería despertar a su hermana, que estaba durmiendo muy cerca de ella. Caminó silenciosamente con pasos lentos hasta situarse justo delante de la puerta de la habitación. Se detuvo e intentó escuchar cualquier ruido que le explicara lo que podría haber detrás de la puerta. Después de esperar un buen rato, se convenció de que no había nada y lanzó su mano en busca de la maneta para abrir la puerta. El cerrojo crujió con un sonido grave que hizo que Silvia se asustara. Tenía miedo de ser descubierta. Lo intentó de nuevo, esta vez con mucha más delicadeza y prácticamente a cámara lenta, pero el crujido reapareció de nuevo. Estaba claro que era inevitable hacer algo de ruido si quería abrir la puerta. Silvia dio un débil tirón hacia atrás y empezó a penetrar una leve claridad en la habitación. Por esa pequeña apertura asomó uno de sus ojitos intentando distinguir algo entre las sombras.

Reconoció por completo el pasillo y, mientras observaba con atención, pudo ver como unas sombras se deslizaban por el salón. No tenía claro lo que había visto, pero una cosa sí que era segura: no podían ser sus padres, ya que ellos no se moverían de esa manera por casa a esas horas y a oscuras. Entonces, ¿qué o quién se había colado en el salón? Y ¿qué intenciones tenía? Era un gran misterio. Pensó que, si habría rápido la puerta, quizás le daría tiempo llegar a la habitación de sus padres y refugiarse allí. Era el cuarto más seguro, pues papá y mamá la protegerían de cualquier peligro. Pero entonces dejaría a su hermana sola e indefensa frente a lo que fuera que acechaba por casa. No, no podía hacer eso, era la hermana mayor y tenía que protegerla. Entonces, ¿qué podía hacer? Sin duda esta se había convertido en la peor y más larga noche de toda su vida. Abrió un poco más la puerta. Ahora ya podía asomar los dos ojos. El hecho de sentirse responsable de su hermana le había infundido valor. Si cobijarse en la habitación de sus padres no era una opción, ella misma averiguaría lo que estaba pasando y a la más mínima sensación de peligro, gritaría; oh sí, gritaría con todas sus fuerzas, como jamás lo había hecho. Tan fuerte que despertaría a todos los vecinos si era necesario. Entonces se levantarían sus padres y la

socorrerían. Ni a ella ni a su hermana les pasaría nada. Era un plan perfecto, no podía fallar. Respiró profundamente varias veces, empujó la puerta con decisión y dio el primer paso hacia el pasillo.

Miró en dirección al salón, estaba tensa, los nervios se habían apoderado de ella. Con pasos muy lentos, prácticamente arrastrando los pies, fue avanzando por el corredor. Desde donde se encontraba, podía ver que la puerta de la habitación de sus padres estaba cerrada, como solía estar cuando dormían. Otra prueba más que le confirmaba que no eran ellos.

Algo la dejó congelada como un iceberg, con la respiración acelerada y el corazón latiendo desbocado. Estaba desprotegida, ya que se encontraba en medio del pasillo sin posibilidad de esconderse. Lo que escuchó no era obra de su imaginación y lo había oído justo detrás de la pared que la separaba del salón. No estaba convencida, pero oía ruidos como si alguien o algo estuviera comiendo. Sí, esos crujidos le recordaban al ruido de alguien comiendo patatas fritas. Qué extraño, ¿quién iba a entrar en su casa en plena noche para robarle las patatas fritas?, no tenía sentido. Se dio cuenta de que ahí quieta, inmóvil, no hacía absolutamente nada. Así que, o avanzaba y descubría de una vez qué estaba sucediendo o regresaba a la habitación y se escondía bajo sus sábanas con la esperanza de que esta pesadilla terminase. Decidió que tenía que averiguarlo, no podía quedarse con la intriga, y avanzó en dirección al salón. Ya sólo quedaban unos pasos para alcanzarlo y se podía distinguir una parte de él. Las pupilas de Silvia estaban adaptadas perfectamente a la oscuridad después de tanto rato en la penumbra y eso le ayudaba mucho a distinguir formas. Al fin llegó y giró la cabeza en la dirección de los extraños ruidos. Unos ojos blancos y grandes la miraron de forma curiosa, casi sin parpadear. No eran humanos ni de nada que ella hubiera visto jamás y eso la aterrorizó aún más. Quiso chillar con toda su alma, pero ningún sonido escapó de su garganta. No podía gritar ni correr, no tenía control de su propio cuerpo. El miedo era tan grande que no le dejaba reaccionar.

Lo más terrorífico era que podía reconocer a la perfección la silueta de lo que estaba viendo, aunque todo lo que había leído y escuchado le decía que era imposible. Tenía delante un velociraptor, una bestia del Cretácico que hacía más de setenta y cinco millones de años que se había extinguido, o por lo menos eso es lo que decía Google. Un animal carnívoro, agresivo y muy peligroso. Sabía perfectamente que, si tomaba la decisión de atacarla, defenderse sería inútil. Aquello era increíble, una pesadilla, no podía estar sucediendo.

El animal se había dado cuenta de la presencia de Silvia y parecía tan sorprendido como ella. La miraba sin hacer nada. Si estaba planeando algo, lo ocultaba muy bien. Al quedarse los dos quietos, todo se quedó en silencio, lo que demostraba que se encontraba solo. El pequeño dinosaurio estaba rodeado de gran cantidad de envoltorios de todo tipo: cajas de

galletas, bolsas de patatas, “briks” de zumo, etc. Había estado entretenido comiéndose toda la comida que encontraba a su paso.

Pero ¿desde cuándo un dinosaurio come galletas y patatas fritas? Todo esto no tenía sentido, cada vez estaba más confundida. Y lo más extraño aun, ¿de dónde había salido?

Silvia era incapaz de apartar la mirada, como si eso le fuera a servir de algo en caso de que la bestia decidiera atacar. Mientras, el pequeño dinosaurio seguía también quieto, imitándola. No le tenía miedo, intuía que la niña no pretendía hacerle daño. De la misma manera, él tampoco mostraba deseos de querer lastimarla. Es más, daba la impresión de querer comunicarse con ella.

—¡Hola! —salió una vocecilla infantil del animal.

¿Cómo?, Silvia estaba alucinando por completo, la fantasía no tenía límites. Si ya era difícil de creer que había un velociraptor en su salón comiéndose todo lo de la cocina, asumir que este le estaba hablando era demasiado para ella.

—¿Puedes entenderme? —insistió el dinosaurio.

—Sí —respondió Silvia con voz entrecortada e insegura.

—Perdona si te he asustado, no quería hacerlo, pero es que me he perdido y tenía hambre.

Silvia se dio cuenta de que volvía a ser capaz de moverse, incluso podría haber gritado hasta quedarse afónica, pero de alguna manera empezó a confiar en que aquel ser no tenía intención de hacerle daño. Realmente su aspecto no era para nada la terrorífica imagen que se solía mostrar en los libros y películas, más bien parecía una criatura inocente e infantil.

—¿Me vas a morder? —preguntó Silvia, confiada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Tú eres un velociraptor y vosotros coméis carne y matáis animales, lo he visto en YouTube.

—No sé qué es eso de YouTube, pero vosotros los humanos también matáis animales y coméis carne, así que, ¿me vas a morder tú a mí?

—¡Qué dices!, nosotros no matamos a nadie, mis papás compran la carne en el «súper» —respondió Silvia indignada. Cómo podía pensar que ella

mataba animalitos, con lo que le gustaban.

—Pues no, no comemos carne, ipuaj, qué asco!

Silvia confirmó que aquel animalillo no era un dinosaurio adulto, probablemente sería un niño como ella. Tenía la misma inocencia y estaba claro que no debía temer nada de él. Pero el misterio de qué hacía un dinosaurio en el salón seguía sin respuesta.

—¿Dónde están tus padres?

—No lo sé —respondió el animalillo bajando la cabeza como símbolo de tristeza.

—¿Y cómo has llegado hasta mi casa?

—Pues con magia, ¿cómo voy a llegar sino?

—¿Magia? —respondió Silvia con sorpresa—. ¿Eres un mago?

—¿Mago? ¿Qué es un mago?

—Pues alguien que hace trucos de magia, claro.

—No hay nada de eso en mi mundo —respondió el dinosaurio, extrañado.

—¿No eres de aquí?

—Claro que no, en mi mundo no hay humanos, somos todos dinosaurios.

—¿Y todos podéis hablar?

—¡Vaya preguntas más raras que haces, pues claro que podemos hablar todos!, ¿acaso vosotros no?

—Claro que sí, pero aquí los animales no hablan.

—¿Qué es un animal?

—Pues todo lo que no sean personas, hombre. Bueno, menos las plantas, que no son ni animales ni personas. Solo plantas —respondió Silvia con sobrada confianza.

—De eso sí que tenemos, plantas hay un montón y tampoco hablan como las vuestras.

—Pero sigo sin saber qué haces en mi casa.

—Utilicé las piedras mágicas para encontrar a mis padres, pero como no sé usarlas demasiado bien, he aparecido en tu casa —respondió con tristeza.

— ¿Tienes nombre? —preguntó Silvia al pequeño dinosaurio.

—Tini, ¿y tú?

—Silvia.

Y las horas pasaron. Mientras, los dos extraños hablaron sin parar, conociéndose el uno al otro, explicándose historias y aventuras y empezando a crear una bonita amistad. Sin darse cuenta se hizo muy tarde, Tini tenía que irse y Silvia debía regresar a la cama a descansar, pues quedaba ya poco de noche, y se despidieron con la promesa de verse otro día. Tini sacó unas piedras que llevaba ocultas y las hizo chasquear varias veces. Con el impacto salieron chispas multicolores, parecía un pequeño castillo de fuegos artificiales. Tras el tercer intento, una especie de bruma azul empezó a surgir de las chiribitas, envolviendo completamente al velociraptor. Por un momento se iluminó toda la estancia en un tono añil precioso a la vez que el joven dinosaurio desaparecía y dejaba nuevamente el salón a oscuras. Entonces Silvia se dio media vuelta y regresó a su cama.

— Pero ¿iqué ha pasado esta noche!? —gritó en tono de sorpresa la mamá de Silvia al levantarse por la mañana y encontrarse el suelo lleno de restos de comida y envoltorios varios.

—¿Qué pasa? —respondió papá.

—Ven y míralo tú mismo.

—Pero ¿esto qué es?, ¿qué narices ha pasado aquí? —refunfuñó el padre.

El escándalo que se estaba formando en el salón despertó a Silvia del plácido sueño que la abrazaba. Le costaba abrir los ojos por el cansancio que arrastraba, media noche de charla deja hecho polvo a cualquiera. Pero por más que intentaba dormir de nuevo, la conversación que mantenían sus padres en un tono bastante elevado no se lo permitía. Nuria no tardó en desvelarse, pues el jaleo la había asustado también a ella. Si no era suficiente la voz de sus padres, ahora tenía la bocina de su hermana berreando para completar la sinfonía. Al poco se abrió la puerta. Sus padres entraron al escuchar los llantos de la pequeña, esto sí que era definitivamente el fin de la noche. Ahora vendría la segunda parte de lo

ocurrido en la madrugada.

—¡Silvia! ¿Te has levantado esta noche para ir a la cocina? —le preguntó su madre algo irritada.

¿Qué podía decirle?, la verdad era que sí se había levantado por la noche, pero ¿Cómo les explicaba que ella no fue la responsable de lo ocurrido en la cocina ni en el salón? Y ¿Cómo decirles que el culpable era un velociraptor herbívoro llamado Tini que, viajando con magia, se había equivocado intentando encontrar a sus padres perdidos en su mundo y había terminado en su casa comiéndose todo lo que había encontrado? No la creerían jamás y, lo que es peor, se enfadarían aún más pensando que les estaba intentando engañar.

—¡Silvia! ¡Responde! ¡Tu madre te ha hecho una pregunta!

—Sí, me he levantado, pero... —quiso intentar decir la verdad, pero cambió de la idea. No la iban a creer, era imposible.

¿Qué excusa podía dar?, estaba en un lío y no sabía cómo salir de él. Lo único que se le ocurría era asumir la culpa, aguantar el chaparrón y dejar que todo se calmara.

—A ver, Silvia, entiendo que puedas levantarte por la noche a beber agua, o incluso que te dé hambre y quieras comer algo, no pasa nada, pero esto es una barbaridad. El suelo está que parece que hayan pasado animales sueltos por casa. Eso no es normal en ti, tienes que explicarnos qué has hecho porque no lo logramos comprender.

—No lo sé, papá, es que no me acuerdo muy bien. Solo recuerdo que tenía hambre y me levante a comer —respondió Silvia entre sollozos.

—¡Silvia! ¡No puede ser que no te acuerdes! ¡No me lo creo!

—De verdad, papá, no te miento, ijo! —rezongó Silvia terminando finalmente en un llanto de protesta.

Sus padres estuvieron un largo rato hablando con ella, intentando obtener más información que los llevara a comprender lo sucedido, pero Silvia se obcecó en su historia y se escondió tras el llanto. En vista de que aquello no tenía salida, decidieron aceptar a regañadientes la versión de su hija y dejarlo en una reprimenda. Para Silvia era muy injusto asumir una culpa que no le correspondía y sabía que mentir a sus padres no estaba bien, pero lo ocurrido aquella noche era algo tan fantástico que hasta a ella le costaba creérselo. Tenía que explicárselo a Adán y a Mara.

Capítulo 2

Cap 2: El Plan

Aquella tarde se reencontraron los tres amigos en el parque. Silvia no pudo resistirse a contarles todo lo sucedido la pasada noche con el dinosaurio y les hizo una explicación muy detallada. Mientras lo narraba, imitaba los movimientos que había realizado, repitiendo el sonido y tratando de mantener el suspense para hacer más interesante su historia ante sus embobados amigos. Las caras de Adán y Mara eran dignas de ser retratadas, pues cambiaban de admiración a incredulidad constantemente, estaban fascinados con lo que Silvia les contaba. No podía ser cierto, querían creerlo, pero era demasiado fantástico. Cuando finalizó la narración, Adán y Mara se quedaron mirándola unos instantes.

—¡No me lo creo, eso es imposible, te lo has inventado! —dijo Adán.

—Es verdad, todo lo que he dicho me ha pasado esta noche.

—Pues yo no me lo creo —replicó Mara.

—¡Os digo que es verdad! —protestó nuevamente Silvia con tono molesto.

—¡Pues no me lo creo! —contestaron al unísono Adán y Mara.

Sintiéndose avergonzada y enfadada a la vez, se marchó en dirección a sus padres, pues había puesto toda su ilusión en compartir la historia con sus amigos. Pensaba que esta aventura la convertiría en la envidia de los tres durante unos días y no esperaba ser apabullada de aquella manera. No jugó más con ellos en toda la tarde y así llegó el día a su fin.

El manto de la noche arrojaba a todos los miembros de la familia, el tic tac del reloj acompañaba cada minuto durante su avance hacia la madrugada. Los ojos de Silvia luchaban por no cerrarse. El nerviosismo que le creaba la duda de si aparcería Tini esa noche era superior al cansancio. Por más que lo intentaba, no conseguía escuchar ningún ruido en todo el piso, no aparecían señales que indicaran que Tini había regresado. Sin darse cuenta, el agotamiento fue haciendo mella en sus ganas por aguantar y cayó finalmente en el más profundo sueño. Un débil destello la despertó. De forma perezosa sus párpados empezaron a abrirse, los ojos captaban una visión muy nublosa de una figura, pues aún no estaban adaptados a la oscuridad para definirla con claridad.

—¡Hola!

—¿Tini? —dijo Silvia entre bostezos.

—Sí, soy yo.

Ahora que estaba más despejada, notó algo diferente en el tono de voz de su amigo. No había duda de que era él, pero el matiz no parecía el mismo que el de la noche anterior, sonaba más amargo, triste, quizás desesperado.

—¡Has vuelto, qué bien! Esta tarde mis amigos se han reído de mí, no me han creído, decían que me lo había inventado todo...

—Silvia, ¿puedes ayudarme a encontrar a mi familia? —la interrumpió Tini muy nervioso.

—¿Aun no has encontrado a tus padres?

—No y además ahora han desaparecido todos.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos? —preguntó Silvia algo confundida.

—Todo el poblado. No ha quedado nadie. Ayer, cuando te dejé, regresé al poblado y estaba vacío.

—¿Y cómo te puedo ayudar?, soy solo una niña.

—Regresando conmigo a mi mundo y ayudándome a buscarlos.

—¿Cómo voy a irme a tu mundo? Si mis padres ven que no estoy en casa, se preocuparán y vendrá la policía.

—Silvia, no tengo a nadie más. Todos los que conozco han desaparecido. No te preocupes, con la magia de mis piedras puedo hacer que no se note que te has ido —explicó Tini con lágrimas en los ojos.

Tini le explicó que con la magia podían viajar a su mundo de tal manera que, cuando regresara, volvería exactamente al mismo momento en el que se había ido, por lo que sus padres nunca lo sabrían. Esta explicación la tranquilizó un poco y empezó a planteárselo. En ese preciso instante se le ocurrió una gran idea, podía llamar a sus dos amigos para que los acompañaran, así les demostraría que lo explicado esa tarde era verdad y los podría chingar un poco.

—Tini, ¡tengo una idea! ¿Puedo llamar a mis amigos para que nos ayuden?

—¿Puedes conseguir más ayuda? Sí, claro —contestó el pequeño

dinosaurio súper emocionado.

—¿Puedes llevarme a sus casas para preguntárselo?

—Creo que sí. No domino mucho estas piedras, pero he conseguido llegar a tu casa dos veces. Creo que sí.

Silvia le explicó que tendría que esperar un poco, pues tardaría un par de días en volver a verlos en el parque. Entonces les explicaría el plan. Tini se resignó, ya que quería empezar a buscar lo antes posible, pero no le quedaban más opciones ni nadie a quien acudir. Los dos acordaron verse nuevamente en la habitación de Silvia dentro de dos noches. La tarde del día planeado llegó. Silvia estaba jugando en el parque con Nuria cuando apareció Adán. Este la vio y se dirigió hacia ella.

—¡Hola, Silvia! ¿Te ha visitado tu amiguito dinosaurio esta noche? —le preguntó con una sonrisa burlona dibujada en su rostro.

—¡No te rías! Esta noche iré a tu casa y te lo presentaré, ya lo verás.
—respondió Silvia, malhumorada.

—¿Vais a venir esta noche a mi casa? —la miró con cara de sorpresa.

—Sí.

Mientras los dos niños hablaban, se aproximó Mara disfrutando de un pequeño bocadillo.

—¡Hola, Silvia! ¡Hola, Adán!

—¿Sabes qué dice Silvia? —preguntó Adán a Mara y, sin dejarla responder, continuó—. Que esta noche vendrán ella y su dinosaurio mágico a mi casa.

—¡Sí, es verdad, y a la tuya también iremos, Mara! Veréis como es cierto y luego tendréis envidia.

—¿A mi casa? ¿De verdad? Mis papás no te dejarán entrar —respondió Mara.

—Entraré con magia, no me hace falta pasar por la puerta.

—¿Con magia? ¿Qué te crees que somos? ¿Niños pequeños? Ya tenemos siete años —contestó Mara, ofendida.

Adán y Mara no se lo terminaban de creer, era una idea demasiado fantástica para ser cierta y, así, siguieron discutiendo del mismo tema

gran parte de la tarde.

Llegó la hora de acostarse, el beso de papá y mamá en la mejilla de Silvia significaba el comienzo de la cuenta atrás para el inicio de la aventura. Estaba muy nerviosa, sabía que le esperaba probablemente la mayor experiencia que viviría nunca, pero le preocupaba que sus amigos se negaran a acompañarla. No estaba segura de poder hacerlo sola. La media noche estaba cerca y, con ella, la hora convenida con Tini. Faltaban pocos minutos, pero la espera se estaba haciendo eterna. Silvia no pudo soportarlo más y decidió ir a esperarlo al salón. Se levantó de la cama, atravesó la habitación, abrió la puerta y, una vez en el pasillo, se encontró cara a cara con una sombra. No se lo esperaba y le produjo tal escalofrío que soltó un potente chillido de terror. Los padres de Silvia, al escuchar el grito, saltaron de la cama para ver lo que sucedía, mientras Tini, muy sorprendido y asustado, sacó rápidamente sus piedras mágicas, las chasqueo y desapareciendo a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó mamá cuando se la encontró quieta en medio del pasillo.

Silvia enseguida comprendió de quién se trataba, pero el susto provocó que derramara unas lagrimillas traicioneras, haciendo que sus mejillas brillaran.

¿Te encuentras bien? —rogó papá.

—Sí, sí... Estoy bien.

—¿Qué haces aquí en medio del pasillo?

—Mami, es que tenía sed. Me he levantado para ir a la cocina a beber y me ha parecido ver un monstruo y me he asustado —contestó Silvia entre sollozos.

—No te preocupes, cariño, ahora los papis ya están aquí contigo. ¿Quieres venirte a nuestra cama con nosotros un ratito? —le dijo su madre mientras le daba un reconfortante abrazo.

—No mami, ya estoy mejor. Me voy a la cama, que estoy cansadita.

—¿Estás segura? Si quieres me voy contigo un ratito y te hago compañía.

—No papi, ya estoy bien. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidieron los papás y regresaron todos a sus habitaciones.

Silvia estaba preocupada, desconocía que había pasado con Tini. Seguramente se asustó tanto como ella. Si no aparecía con él esa noche en casa de sus amigos, seguirían pensando que era una mentirosa y se reirían de ella otra vez. Decidió continuar despierta esperándolo, eso sí, esta vez no se iba a mover de la cama hasta que Tini apareciera, si es que lo hacía. Cuando ya estaba a punto de rendirse, casi convencida de que no aparecería, unos ruiditos comenzaron a sonar en el pasillo. Los furtivos movimientos se aproximaban poco a poco a la puerta. Estaba claro que Tini quería ser muy prudente para evitar más sobresaltos esa noche. Silvia se incorporó en la cama esperando a que se abriera la puerta. Con un ligero crujido, esta cedió, dejando paso a la silueta de Tini.

—¡Hola, Silvia! No te asustes. Soy yo, Tini.

—Ya lo sé. Hola.

—Siento haberte asustado antes —expresó con sentimiento de culpa.

—No ha sido culpa tuya, estaba nerviosa esperando en la cama y he salido a ver si te veía. Al salir de la habitación me asustó una sombra. No te esperaba tan cerca.

—Entonces, ¿ya no estas asustada?

—No.

—Pues, ¿nos vamos? —dijo Tini, entusiasmado.

—¡No! Espera, no quiero irme a tu mundo en pijama.

Silvia cogió un puñado de ropa que ya tenía preparada y la llevó al salón, colocó algo debajo de las sábanas para que en la oscuridad pareciera que estaba durmiendo. Se cambió rápidamente, intentando dejarlo todo recogido para que sus padres no sospecharan.

—Ya he terminado, ¿nos marchamos? —anunció Silvia.

—Vale, ¿a qué casa vamos primero?

—A la de Adán, que es el que más se rio de mí.

—Muy bien, pues vamos para allí.

Tini, usando la misma técnica que empleó la primera noche, chasqueó tres veces sus piedras mágicas. La aureola azul reapareció de nuevo y los rodeó a los dos. Silvia notó como un cosquilleo empezaba a subirle desde los pies, recorriendo todo su cuerpo. No pudo evitar soltar una carcajada. Por un segundo la oscuridad lo dominó todo, se sentía ligera, flotaba, era

libre como un pájaro entre las nubes. Igual que fuegos artificiales, aparecieron de la nada hilillos de infinitos colores que brillaban como luceros, dibujando círculos alrededor de ellos, construyendo formas de fantasía. Era precioso, nunca había visto nada igual. Absolutamente increíble. El espectáculo de luces se fue disipando poco a poco, devolviéndolos a la realidad. Las pupilas ajustaban su tamaño a la nueva situación permitiendo ver lo que parecía un salón. No era el suyo, pero le resultaba familiar.

—Creo que ya hemos llegado —dijo Tini con voz dudosa.

—Sí, es su casa. La conozco. Me ha invitado muchas veces a jugar y a merendar aquí.

—Pues vamos a hablar con él.

—No, espera. Él no te conoce. Si entramos los dos se puede asustar, ¿y si se despiertan sus padres?

—Vale, ¿y qué hacemos? —expresó Tini con resignación.

—Creo que duerme con su hermana en la misma habitación. Iré yo sola, lo despierto, lo traigo al salón y aquí le explicamos todo. ¿Sí?

—¡Vale!, espero aquí —se conformó Tini.

Silvia, de puntillas, se dirigió a la habitación de los dos hermanos. No estaba muy lejos del salón y lo mejor de todo es que no tenía que pasar por delante de la de sus padres. Pasito a pasito alcanzó la puerta del cuarto. Por suerte, estaba entreabierta. Al parecer, a Adán y a su hermana les gustaba dormir con un poco de luz. Esto le ayudaría mucho a moverse por el cuarto sin tropezar. Lo recorrió con la mirada y distinguió a Adán entre sombras. Los hermanos dormían en una litera. Como Adán era el mayor, ocupaba la superior, y su hermana Inma, la de abajo. Silvia fue con mucho cuidado en busca del chico para no despertar a Inma. La pequeña dormía felizmente a pierna suelta, tenía dibujada una gran sonrisa en su rostro, señal de que estaba disfrutando de un bonito sueño. La litera superior era más alta que ella, por lo que no podía alcanzarla sin ayuda. Necesitaba algo que le permitiera llegar. Miró a su alrededor, intentando encontrar cualquier cosa que le sirviera. A los pies de la cama asomaban unas barandillas redondas, se acercó para investigar y, efectivamente, era la escalera que usaba Adán para subir a su cama. Escaló por ella y lo vio estirado y medio destapado debido, seguramente, al calor que hacía. Al contemplar su cara fue sorprendida por dos pequeñas y brillantes perlas blancas que la observaban en la oscuridad.

—¡Has venido de verdad! ¿Cómo has entrado?

—Adán, te dije que vendría y que no necesitaba entrar por la puerta. ¿Ves como no digo mentiras? —contestó Silvia con orgullo.

Adán se incorporó. Empezó a mirar por todo el dormitorio moviendo la cabeza de lado a lado, buscando algo.

—¿Dónde está el dinosaurio? A ver...

—Le he dicho que espere en el salón para que no te asustara, ven conmigo y te lo enseño.

—Yo no le tengo miedo a nada, soy súper valiente.

—¿Bajas o no?

—Vale, ahora voy.

Desconfiado, accedió a seguirla hasta el salón. Estaba intrigado, ya que, si no había dinosaurio ni magia, ¿cómo había entrado Silvia en su casa? Lo mirara por donde lo mirara, había un misterio y quería averiguarlo. Los dos niños llegaron al salón y Adán echó una mirada rápida a toda la estancia, pero aparte de seis sillas, una mesa, el sofá y un mueble, no se distinguía nada más. Seguidamente la miró con cara enfadada, como pidiendo explicaciones.

—Yo no veo ningún dinosaurio, ¿ves cómo era mentira?

—Pues yo sí que veo uno, está detrás de ti.

—Sí, claro, que me voy a creer eso.

—¡Hola! —dijo Tini tímidamente.

Adán se quedó paralizado, la sangre dejó de circularle por las venas. Estaba inmóvil, como le ocurrió a Silvia. No le salían las palabras, le daba miedo girarse porque desconocía qué se iba a encontrar. ¿Sería verdad lo que contaba Silvia y tenía un velociraptor a su espalda? Una parte de él deseaba salir de dudas, pero el terror le aconsejaba que permaneciera quieto, como si eso sirviera de algo.

—Adán, no tengas miedo. Tini es inofensivo, nunca nos haría daño. Además, no come carne, es herbívoro.

—¿Seguro? —contestó el niño, aterrorizado.

—Sí, seguro. ¿No decías que no tenías miedo a nada? —contestó Silvia con tono burlón.

—No te rías de mí.

—Te lo mereces por burlarte y llamarme mentirosa.

—Es verdad, perdón —le dijo a Silvia, arrepentido.

—Gírate, hazme caso, y verás que es bueno.

El niño se tomó su tiempo para pensarlo bien. Finalmente decidió que no tenía nada que perder y, con muchísimo cuidado, fue girando hasta quedarse de frente con el dinosaurio. Durante el giro cerró los ojos y ahora que estaba delante de él, le daba pánico abrirlos. Podía notar la respiración del animal sobre su cabeza, aunque no lo veía. Sentía que estaba ahí, percibía sus movimientos y el aire que desplazaba al hacerlos. Sin duda, había algo delante de él. Se armó de valor y, con muchísima lentitud, empezó a despegar sus párpados dejando que empezara a entrar la luz. A medida que los abría, la silueta del dinosaurio se iba definiendo más y el terror del niño aumentaba. Silvia se dio cuenta de ello y lo cogió de la mano para tranquilizarlo.

—Adán, no tengas miedo, no te hará daño.

—Haz caso a Silvia, no quiero hacerte daño, hemos venido para pedirte ayuda.

—¿Pedirme ayuda?, pero ¿en serio me está hablando un dinosaurio?

—exclamó Adán muy nervioso.

—Se llama Tini y está buscando a su familia, que ha desaparecido. ¿Ves cómo era verdad? Si me hubieras creído cuando te lo conté, no te habrías asustado.

Silvia y Tini le explicaron lo ocurrido, la desaparición de su familia, las piedras mágicas, el plan de viajar al mundo del dinosaurio, todo. Mientras los escuchaba, Adán se iba maravillando cada vez más, le sensación era indescriptible. Una vez terminaron de contárselo todo, Adán se dio cuenta de que se encontraba mucho más tranquilo. Ya podía pensar con claridad.

—Entonces, ¿queréis que os acompañe a su mundo?

—Sí —respondieron Silvia y Tini a la vez.

—¿Vendrás? —preguntó Silvia.

—Pues claro que sí, esta aventura no me la quiero perder. Tini, ¿en tu mundo los dinosaurios comen carne?

—No, no sabía lo que es comer carne hasta que me lo explicó Silvia.

—Entonces, ¿no hay dinosaurios peligrosos?

—Sí, muchos. Igual que hay personas buenas y malas, supongo.

Adán, de la misma forma que hizo Silvia, cogió algo de ropa y preparó la cama para que pareciera que estaba durmiendo, regreso al salón y, tras los tres chasquidos y la lluvia multicolor, desapareció de su casa rumbo a la de Mara. La noche iba avanzando, tenían que darse prisa o les atraparía el amanecer, echando por tierra todo el plan, ya que mientras más se aproximara la mañana, más fácil sería descubrirlos. Se difuminó la mágica niebla multicolor que los acompañaba en cada viaje y Adán estaba fascinado, acababa de vivir una experiencia increíble. Miraba a Silvia como queriéndole expresar lo que sentía con sus ojos y ella se reía. Sin darse cuenta, se encontraban en casa de Mara. Esa forma de viajar era alucinante y muy rápida.

—Si no me he equivocado, creo que ya hemos llegado —comentó Tini.

—Es la casa de Mara, estuvimos hace poco en su cumpleaños, ¿te acuerdas, Silvia?

—Sí que me acuerdo, esta es su casa, seguro.

—Pues, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Tini.

—Haremos como en casa de Adán, vosotros esperáis en el salón mientras yo voy a buscar a Mara —dijo Silvia con seguridad.

La niña se alejó de los chicos y se adentró en un gran pasillo que nacía tras una de las puertas del salón. Mara tenía dos hermanos mayores, cada uno de ellos con su propia habitación. Por desgracia, para llegar al dormitorio de Mara había que pasar por delante de todas y cada una de ellas, incluyendo la habitación de sus padres. El pasillo era larguísimo y terminaba justamente en la puerta del cuarto de Mara. El riesgo de que en cualquier momento alguien de la familia decidiera salir al baño o a cualquier otra cosa era muy alto, pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Con cuidado, avanzó por el pasillo como un fantasma, sin realizar el más mínimo ruido. No se podía permitir fastidiar toda la operación ahora que estaban tan cerca de empezar la aventura. Finalmente, alcanzó su meta sin problemas. Había recorrido la mitad del camino, tan solo quedaba convencer a Mara y largarse de allí lo más rápido posible. Al igual que a Adán, a Mara también le gustaba dormir con la puerta entreabierta, y eso hacía más fácil entrar en la habitación en

silencio, abrir puertas casi siempre da problemas de ruiditos. Pero a diferencia de él, prefería dormir a oscuras, poniendo las cosas algo más difíciles. Silvia decidió avanzar en la oscuridad a gatas para evitar tropiezos. Mientras gateaba, algo chocó con su cabeza, obligándola a emitir un gemido de dolor. Al instante se encendió la luz de la habitación, dejando a Silvia al descubierto.

—¿Silvia? ¡Eres tú!

—¡Hola, Mara!

—Al final has venido, decías la verdad. Pero entonces, ¿dónde está el dinosaurio?

—Se ha quedado con Adán en el salón.

—¿Ha venido Adán también?

—Sí.

—¿Y para qué ha venido?

—Ven conmigo y te lo explico.

—Vale, vamos.

La niña se levantó de la cama de un salto, estaba muy despierta, como si llevara rato esperando este momento. Cogió a Silvia de la mano y juntas se dirigieron al encuentro de Adán y Tini. Cuando faltaban pocos metros para alcanzar al salón, Silvia se detuvo y la miró.

—Mara, antes de que lleguemos, quiero prevenirte de una cosa. No deseo que te pase lo mismo que le ha sucedido hace un rato a Adán.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Como te expliqué, Tini es un velociraptor y cuando lo ves da un poco de miedo. Pero de verdad que no hace nada, no te asustes. Además, es herbívoro, no come carne.

—Lo intentaré.

Las dos chiquillas prosiguieron hasta llegar al comedor. Mara estaba algo nerviosa, quería ser valiente, pero realmente desconocía cómo iba a reaccionar. Cuando llegaron al comedor, no se lo pensó ni un segundo y presionó el interruptor para iluminar toda la sala. Sabía que, si lo veía bien, la primera impresión sería menos aterradora. Tanto Adán como Tini quedaron sorprendidos al verse totalmente expuestos, no esperaban esa

falta de discreción. La oscuridad daba más sensación de protección ante la posibilidad de que alguien de la familia se despertara. Mara no hizo nada, únicamente se lo quedó mirando fijamente a los ojos. Tini también la observaba intrigado, esperando su reacción. Pero la tranquilidad de la niña los sorprendió a todos, especialmente a Adán, que, al ser el niño del grupo, quería ser el más valiente de todos y, de momento, estaba fracasando.

—¡Es una pasada, no me lo puedo creer! Silvia, perdóname por haberte llamado mentirosa. ¡Cómo mola!

—Hola, soy Tini.

—Y además habla, madre mía, nadie me va a creer cuando lo cuente. Tengo que hacerle fotos.

—Mara, no tenemos tiempo, escucha lo que te vamos a explicar.

—¿Qué pasa?

Nuevamente Silvia y Tini explicaron todo lo sucedido durante los últimos días y los planes que tenían para solucionarlo. Mara, que, a pesar de ser más tranquila que el resto, poseía un gran espíritu aventurero, no tardó ni medio segundo en convencerse de que tenía que ir con ellos. Salió disparada en dirección a su cuarto para dejarlo todo preparado, de la misma forma que ya habían hecho sus amigos antes. Regresó con una sonrisa que llenaba toda su cara. La hora había llegado. El equipo de rescate estaba completo. Los tres niños y el dinosaurio estaban preparados para empezar una fantástica aventura que, sin duda, sería épica, aunque seguramente jamás podrían explicársela a nadie. Tini sacó sus piedras y dijo:

—¿Preparados?

—¡¡Sííí!! —respondieron a coro los tres.

¡Chas, chas, chas! Y, tras un destello azul, desaparecieron los cuatro.

Capítulo 3

Los Volcanes Dulces

Un calor insoportable dominaba el mediodía de la llanura. Kilómetros y kilómetros de arena rojiza se extendían en todas direcciones, tan solo interrumpidos por pequeños volcanes que crecían por doquier. Se notaba una suave y cálida brisa que levantaba nubes de polvo colorado y formaba pequeñas dunas alrededor de las bocas de los volcanes. Por más que buscó a un lado y al otro, no consiguió ver ni árboles ni flores ni arbustos. Nada. Y no era extraño, ya que tampoco parecía haber agua cerca. Silvia quería encontrar una pizca de belleza en ese sitio, pero por mucho que se esforzaba, no lo conseguía. Era un auténtico desierto. El lugar estaba muy lejos de las fantasías que se había creado sobre él. No hacía más que preguntarse ¿dónde se encontraban esas selvas de árboles gigantescos, repletas de enormes animales y grandes ríos que había visto tantas veces en la televisión? Y, lo más importante de todo, ¿dónde estaban sus amigos? Cuando salieron de casa de Mara eran cuatro y ahora solo estaba ella. El viaje a este mundo no resultó igual que las otras veces: recordaba la luz azul y el cosquilleo por todo el cuerpo, pero después de que se hiciera oscuro, no recordaba nada hasta hacía unos instantes. Tampoco se encontraba muy bien, estaba algo mareada, le costaba andar y le acompañaba una sensación muy rara por todo el cuerpo que no sabía cómo explicar. Si había algo que Silvia detestaba era quedarse sola y precisamente es lo que estaba sucediendo, por lo que la situación no le gustaba demasiado. Pero permanecer allí sin hacer nada tampoco era la mejor solución, así que decidió caminar un poco, a ver si podía encontrar algo o alguien que le ayudará a localizar a sus amigos.

Se dio cuenta de que un vapor verde lima empezó a salir de la boca de los volcanes. Cientos y cientos de chimeneas expulsaban ese extraño gas verdoso hacia el cielo. El olor era más bien dulzón, por lo menos no resultaba desagradable, pero la escena daba un poco de miedo. De repente el suelo tembló, todo comenzó a zarandearse como si se tratara de un barco navegando por un mar enfadado. Los cráteres rugieron como fieras hambrientas. El espectáculo que se estaba formando alrededor de Silvia la estaba asustando mucho y la niña empezó a sentirse sola, perdida e indefensa. Nació en ella un profundo arrepentimiento por haber venido.

Los temblores cesaron y bolas gigantescas del mismo color verdoso comenzaron a surcar los cielos, escupidas desde lo más hondo de las gargantas de los cráteres. Subían hasta acariciar el cielo y luego caían a velocidades de vértigo. Cuando vio aquellas cosas parecidas a mocos gigantes, que chocaban con la tierra con gran violencia, Silvia corrió en busca de refugio. Los inmensos meteoritos verdes no paraban de caer, el escándalo que provocaban al estrellarse contra el suelo resultaba

ensordecedor. Se rompían en cientos de trozos de todos los tamaños. Pasaban a su alrededor silbando como cohetes de feria. La tierra tembló de nuevo bajo sus pies. Cada vez le costaba más dar las zancadas, constantemente tropezaba, se sentía muy patosa, como si no dominara bien sus piernas. El vapor verdoso estaba empezando a ocultar el sol. Solo le faltaba eso, quedarse en la oscuridad, sola y apedreada por gigantescos mocos verdes de olor dulzón. Pero la suerte le sonrió, a poca distancia descubrió un agujero entre las rocas que parecía una cueva lo suficientemente grande para poder refugiarse y, sin pensárselo, se dirigió rápidamente hacia ella.

La cueva estaba completamente a oscuras. Silvia seguía aterrizada, se sentía como un corderito ante una manada de lobos. Miró hacia el fondo, pero no percibía la profundidad que tenía, la luz no era capaz de llegar hasta allí. El miedo empezó a ser insoportable, no encontraba a sus amigos y sabía que sus padres no vendrían a rescatarla, pues nunca podrían imaginar dónde estaba. La sensación extraña que le rondaba todo el cuerpo permanecía. No sugería un malestar común como un resfriado, una gripe o un dolor de tripa; era un no sé qué diferente. Se dio cuenta de que desde hacía un rato la gruta estaba empezando a clarear. Podía ver bastante bien a cierta distancia. ¿Estaría entrando luz por algún agujero? Pero por más que miraba y buscaba por todos lados, no era capaz de encontrar rendija alguna. Esto le extrañaba mucho, ya que su vista cada vez mejoraba más. En lo más profundo de la cueva, donde su visión ya no era tan buena, le pareció observar movimiento, alguna sombra cambió de sitio, o eso creía. La silueta le resultaba familiar, ¿sería Tini? ¡Ojalá!

— ¿Tini? —preguntó tímidamente Silvia.

No hubo respuesta. Silvia estaba convencida de haber percibido algo, así que lo intentó de nuevo.

—¿Hay alguien ahí? ¿Eres tú, Tini?

El eco rebotó, llegándole su propia pregunta sin respuesta. Las esperanzas desaparecían y regresaba el miedo.

—¿Silvia? —gritó una voz desde el fondo.

—¡Sí, soy yo! ¿Quién eres?

—¡Tini! ¿Dónde estás? No te veo.

—¡Hacia la entrada de la cueva, por favor, ven rápido, tengo mucho miedo!

—¡Sí! ¡Voy para allí! ¿Están contigo Adán y Mara? —preguntó intrigado el

joven dinosaurio.

—¡No!, esperaba que estuvieran contigo.

—Desde que salimos de casa de Mara no los he visto. No sé qué ha pasado con las piedras mágicas, pero no han funcionado como siempre y creo que nos han separado a los cuatro —explicó Tini con preocupación.

Silvia seguía con la mirada a Tini, que avanzaba con pasos lentos y dudosos, como si algo no le gustara. De repente paró, miró fijamente a la niña y empezó a ponerse nervioso. Su cara cambió de observación a desconfianza. El ceño fruncido, la boca torcida semiabierta dejando asomar unos afilados colmillos. Ligeros gruñidos se escapaban de entre los labios. Sus manos, hasta ahora recogidas, empezaron a estirarse desenvainando unas peligrosas y afiladas garras. Estaba preparándose para atacar.

—¿Quién eres? ¿Qué has hecho con mi amiga? —preguntó Tini de forma muy agresiva.

—¿Qué? —contestó Silvia, sorprendida y atemorizada a la vez.

—¿Dónde está Silvia y qué has hecho con ella? —reiteró el joven dinosaurio cada vez más alterado.

Silvia giró en redondo y revisó toda la estancia buscando a alguien más porque no entendía a quién le hablaba Tini. No encontró a nadie, estaban los dos solos.

— Tini, ¿qué te pasa? ¿Es que no me ves? Estoy aquí, delante de ti.

—No sé quién eres. Imitas muy bien la voz de mi amiga, pero no me vas a engañar.

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo no te quiero engañar, estoy aquí para ayudarte, ¿ya no te acuerdas? Me estás asustando.

—¿Te crees que no conozco a mi amiga? Ella es humana y tú eres como yo.

—¿Qué? ¿Cómo tú? ¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente que eres un dinosaurio.

— ¡Un dinosaurio!? —gritó Silvia con mucho nerviosismo.

Empezó a darse cuenta de pequeños detalles que pasó por alto a acusa de los nervios. La sombra que le nacía de los pies claramente no era humana,

dibujaba perfectamente la silueta de un velociraptor, su dinosaurio preferido. Pero eso era imposible. Recordó lo patosa que se sentía desde su llegada, la falta de equilibrio que llevaba experimentando durante horas, pero en ningún momento se le ocurrió mirar hacia abajo. Al hacerlo, descubrió que no tenía piernas, lo que la mantenía en pie eran claramente dos largas y fuertes patas que tocaban el suelo con extraños pies de tan solo tres dedos, armados con unas temibles garras. Dos bracitos pequeños nacían del medio de una gran barriga, terminando en extrañas manos, que, como los pies, únicamente poseían tres poderosos dedos con afiladísimas zarpas. Era demasiado, no lo podía creer. Si conocer a un dinosaurio no era suficiente, ahora ella se había convertido en uno.

—Tini, ¿qué me está pasando? —preguntó Silvia entre sollozos.

—No me convencerás de que eres tú, eso es imposible.

—¡Que sí, Tini, soy yo, no te miento!

—¿Cómo vas a ser tú? Eso es absurdo —dijo Tini con voz dudosa.

—Me acuerdo de todo, pregúntame lo que quieras y verás que no te engaño. Yo tampoco entiendo lo que ha pasado, pero soy Silvia —los sollozos dieron paso a lágrimas y estas, a un llanto profundo.

Tini empezó a plantearse que ese dinosaurio estuviera diciendo la verdad. Pero no podía explicarse lo sucedido, ¿qué magia se escondía detrás? Necesitaba estar seguro de que no estaba siendo engañado y empezó a hacerle preguntas sobre todo lo sucedido en esos días, cosas que solo podían conocer ellos. Como era de esperar, la niña contestó todas las preguntas correctamente, confirmando lo que explicaba. Tini no tuvo más remedio que aceptar que era verdad y que ese velociraptor era Silvia.

El joven dinosaurio se daba cuenta que las piedras eran más difíciles de utilizar de lo que creía y muy peligrosas si no se empleaban bien. Debería tener mucho cuidado en el futuro si las necesitaba de nuevo.

—¡Vale, de acuerdo, te creo! ¿Y ahora qué hacemos? —expuso Tini algo frustrado.

—No lo sé, yo no quiero quedarme así para siempre, quiero volver a ser una niña normal —contestó Silvia con los ojos completamente rojos de tanto llorar.

—Solo se me ocurre una cosa. Cuando rescatemos a mi familia, ellos nos dirán como deshacer todo esto y regresar a la normalidad. Mis padres son

los Maestros de las Piedras, ellos sabrán qué hacer.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Mis padres han sido los maestros desde que murieron mis abuelos. Hay nueve piedras como estas. Cada una tiene un poder, pero juntas son más poderosas. Yo solo tengo dos. Las otras estaban en mi poblado, pero ahora no sé dónde localizarlas.

—Pues entonces tenemos que encontrar a Adán y Mara para que nos ayuden. Quizás les haya pasado lo mismo y también sean dinosaurios.

—Es muy posible.

Los dos jóvenes velocirraptores tenían un plan, solo faltaba ponerlo en práctica. Sin darse cuenta, mientras estuvieron hablando, la lluvia de mocos verdes paró y ya no se escuchaban ruidos de impactos fuera de la cueva. Asomaron sus cabezas al exterior para ver cómo estaba la situación y comprobaron que ya podían salir del refugio. Todo el suelo estaba cubierto con miles de bolas verdes hechas añicos. Tini, sin pensárselo, cogió un trozo de una y se lo empezó a comer.

—¡Ah, qué asco! ¿Qué haces? ¿Cómo te puedes comer eso?

—Está bueno, es muy dulce, Pruébalo.

—¡Buaj! ¿Qué dices? Comerme esa porquería.

—Pruébalo, hazme caso, te gustará.

—Pero sí parece un moco.

—¿Qué es un moco? —preguntó Tini, intrigado.

—Algo muy asqueroso que sale de la nariz cuando estás resfriado. ¡Y no se come!

—Esto no es nada de eso, piensa que mi mundo es muy diferente al tuyo y además tienes que comer porque el viaje que nos espera va a ser muy largo y te hará falta la energía.

—¿En tu mundo es todo así? —preguntó la niña un poco decepcionada.

—No, que va, hay zonas más bonitas, pero hemos caído en la más fea.

—Está bien, dame un trocito y lo pruebo.

La cara de Silvia mostraba claramente que estaba bueno. Devoró el trozo que le ofreció Tini y un buen trozo extra que rebañó de otra bola. Emprendieron la marcha con la meta puesta en localizar a sus amigos perdidos. Mientras recorrían el territorio volcánico, Tini aprovechó para explicarle cómo era su mundo para que se lo fuese imaginando. Estaba compuesto por cuatro territorios muy diferentes: el de los Volcanes Dulces, seguido a este estaba el valle del Río de Fresa, que nacía en el territorio de las Cumbres de Algodón y, finalmente, donde vivía Tini, los Bosques de Menta. Ya conocían la tierra de los Volcanes Dulces, que tomaba ese nombre por los gases dulzones que salían de los cráteres y el sabor de las rocas que escupían. Este era el territorio menos extenso de los cuatro y, aun así, tardaron casi tres días en recorrerlo. Por suerte, durante el tiempo que estuvieron buscando a sus amigos, no se repitió ninguna erupción más.

Capítulo 4